

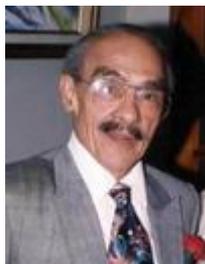


Poesía Dominicana

Pedro Mir

Contracanto a Walt Whitman

Contracanto a un célebre poema de Walt Whitman publicado en 1855 con el título de "Canto a mí mismo" (*Song of myself*) que se inicia así: "Yo, Walt Whitman, un cosmo, un hijo de Manhattan..."



Portada
Biografía

Amén de mariposas
Contracanto a Walt Whitman
El Huracán Neruda
Hay un país en el mundo
Si alguien quiere saber cual es mi patria

E-mail

 Versión para imprimir



Yo,
un hijo del
Caribe,
precisamente
antillano.
Producto
primitivo de una
ingenua
criatura
borinqueña
y un obrero
cubano,
nacido
justamente, y
pobremente,
en suelo
quisqueyano.
Recogido de voces,
lleno de pupilas
que a través de las islas se dilatan,
vengo a hablar a Walt Whitman.
Un cosmos,
un hijo de Manhattan.
Preguntarán
¿quién eres tu?
Comprendo.
Que nadie me pregunte
quien es Walt Whitman.
Irían a sollozar sobre su barba blanca.
Sin embargo,
voy a decir de nuevo quien es Walt Whitman,
un cosmos,
un hijo de Manhattan.

1

Hubo una vez un territorio puro.
Árboles y terrones sin rubricas ni alambres.
Hubo una vez un territorio sin tacha.
Hace ya muchos años. Mas allá de los padres de los padres
las llanuras jugaban a galopes de búfalos.
Las costas infinitas jugaban a las perlas.
Las rocas desceñían su vientre de diamantes.
Y las lomas jugaban a cabras y gacelas...

Por los claros del bosque la brisa regresaba
cargada de insolencia de ciervos y abedules
Que henchían de simientes los poros de la tarde.
Y era una tierra pura poblada de sorpresa.

Donde un terrón tocaba la semilla
 Precipitaba un bosque de dulzura fragante.
 Le acometía a veces un frenesí de polen
 que exprimían los álamos, los pinos, los abetos,
 y enfrascaban en racimos la noche y los paisajes.
 Y era minas y bosques y praderas
 cundidos de arroyuelos y nubes y animales.

2

(¡Oh, Walt Whitman de barba luminosa...!)
 Era el ancho Far-West y el Mississippi y las
 Montañas
 Rocallosas y el Valle de Kentucky
 y las selvas de Maine y las colinas de Vermont
 y el llano de las costas y más...
 Y solamente
 faltaban los delirios del hombre y su cabeza.
 Solamente faltaban las palabras
 mío
 penetrara en las minas y las cuevas
 y cayera en el surco y besara la Estrella
 Polar. Y cada hombre
 llevara sobre el pecho,
 bajo el brazo, en las pupilas y en los hombros,
 su caudaloso yo,
 su permanencia
 en sí mismo,
 y lo volcara por aquel desenfrenado territorio.

3

Que nadie me pregunte
 quien es Walt Whitman.
 A través de los siglos
 irían a sollozar sobre su barba blanca.
 He dicho que diré
 y estoy diciendo
 quién era el infinito y luminoso
 Walt Whitman,
 un cosmos,
 ¡un hijo de Manhattan!

4

Hubo una vez un intachable territorio puro.
 Solamente faltaba que la palabra
 mío
 penetrara su régimen oscuro.
 Sin embargo,
 el yo que iba a decirla estaba allí
 pero cogido
 como un pez
 en su red de costillas.
 Estaba
 pero interno, pero adusto y confinado
 y amaba y deshojaba sus novias amarillas.
 Afuera estaba el firme sistema de la Ley.
 Estaba la celosa
 regulación de la conducta.
 La ley del algodón, la Ley.
 la Ley del algodón, la Ley del sueño,
 la Ley inglesa, dura y definitiva.
 Y apenas
 un breve yo surgía entre dos párpados,
 se iluminaba el cumplimiento de la Ley.

Y entonces,
 cada cual derogaba su yo desestimado
 entre el musgo, la sombra, la amapola
 y el buey.

5

Y un día
 (¡Oh, Walt Whitman de barba insospechada...!)
 al pie de la palabra
 yo
 resplandeció la palabra
 Democracia.
 Fue un salto.
 De repente
 el mas recóndito yo
 encontró su secreto beneficio
 Libertad de Trabajo. Libertad de Conciencia.
 Libertad de Palabra. Libertad de Camino.
 Libertad de aventura, proyecto y fantasía.
 Libertad de fracaso, de amor, y de apellido.
 Libertad sin retorno ni vértices ni ortigas.
 Libertad de quererme y mirarme en su pupila.
 Libertad de la dulce asamblea que tengo en mi
 corazón
 contigo y con toda la infinita humanidad que rueda a
 través
 de todas las edades, los años, las tierras, los países,
 los credos, los horizontes... y fue la necesaria
 instalación de júbilo.
 Las colinas desataron luceros y luciérnagas.
 Las uvas se embriagaron de vino y de perennidad.
 En todo el territorio
 se hizo la gran puerta de la oportunidad
 y todo el mundo tuvo acceso a la palabra
 mía.

6

¡Oh, Walt Whitman de barba sensitiva
 era una red al viento!
 Vibrada y se llenaba de encendidas figuras
 de novia y donceles, de bravos y labriegos,
 de rudos mozalbetes, camino del riachuelo,
 de guapos con espuelas y mozas con sonrisa,
 de marchas presurosas de seres infinitos,
 de trenzas o sombreros...
 Y tu fuiste escuchado
 camino por camino
 golpeándoles el pecho
 palabra con palabra.
 ¡Oh, Walt Whitman de barba candorosa,
 alcanzo por los años tu ropa llamarada!

7

Los hombres avanzaron con su suerte
 robusta y masculina
 sudorosa. Pilotearon los
 barcos
 y los días. En la ruta pelearon con los indios
 y las indias. En las noches contaron sus historias
 y ciudades. En la brisa colgaron sus camisas
 y caminos. En el valle pusieron diligencias
 y ciudades. En la brisa colgaron sus camisas
 y el olor de los pechos precedentes del hacha

y a veces se extraviaron en las sombras
 de los vientres de muchachas...
 Aquel territorio fue creciendo hacia arriba
 y hacia abajo.
 Rascacielos
 y minas
 se iban alejando de la tierra,
 unidos y distantes.
 Los más fuertes, los mas iluminados, los mas
 capaces de violar un camino, fueron adelante.
 Otros quedaron atrás. Pero la marcha
 seguida sin sosiego, sin volver la mirada.
 Era preciso
 confianza en si mismo.
 Era preciso
 fe.
 Y suavemente se forjo la canción:
 yo el cow-boy y yo el aventurero
 y yo Alvin, yo William con mi nombre y mi suerte de
 Baraja,
 y yo el predicador con mi voz de barítono
 y yo la doncella que tengo mi cara
 y yo la meretriz que tengo mi contorno
 y yo el comerciante, capitán de mi plata
 y yo
 el ser humano
 en pos de la fortuna para mi, sobre mi,
 detrás de mi.
 Y con el mundo entero
 a mis pies, sometido a mi voz,
 recogido en mi espalda
 y la estatura de la cordillera yo
 y las espigas de la llanura yo
 y el resplandor de los arado yo
 y las orillas de los arroyos yo
 y el corazón de la amatista yo
 y yo
 ¡Walt Whitman
 un cosmos,
 un hijo de Manhattan...!

8

¡Secreta maravilla de una historia que nace...!
 Con aquel ancho grito
 fue construida una nación gigante,
 Formada de relatos y naciones pequeñas
 que entonces se encontraban como el mundo
 entre dos grandes mares...
 Y luego
 se ha llenado de golfos, islotes y ballenas
 esclavos, argonautas y esquimales...
 Por los mares bravíos
 empezó a transitar el clíper yanqui,
 en tierra se elevaron estructuras de aceros,
 se escribieron poemas y códigos y mármoles
 y aquella nación obtuvo sus ardientes batallas
 y sus fechas gloriosas y sus héroes totales
 que tenían aun entre los labios
 la fragancia
 y el zumo
 de la tierra olorosa con que hacían su pan
 su trayecto y su equipaje...
 Y aquella fue una gran nación de rumbos y albedríos.
 Y el yo

-la rotación de todos los espejos
sobre una sola imagen-
halló su prodigioso mensaje primitivo
en un inmenso, puro, territorio intachable
que lloraba la ausencia de la palabra
mío.

9

Porque

¿qué ha sido un gran poeta indeclinable
sino un estanque límpido
donde un pueblo descubre su perfecto
semblante?

¿Qué ha sido

sino un parque sumergido
donde todos los hombres se reconocen
por el lenguaje?

¿Y que

sino una cuerda de infinita guitarra
donde pulsán los dedos de los pueblos
su sencilla, su propia, su fuerte y
verdadera canción innumerable?

Por eso tu, numeroso Walt Whitman, que viste y
deliraste

la palabra precisa para cantar tu pueblo,
que en medio de la noche dijiste

yo

y el pescador se comprendió en su carpa
y el cazador se oyó en mitad de su disparo
y el leñador se conoció en su hacha
y el labriego en su semblante amarillo sobre el agua
y la doncella en su ciudad futura
que crece y que madura

bajo la saya

y la meretriz en su fuente de alegría
y el minero de sombra en mis pasos debajo de la
patria...

cuando el alto predicador, bajando la cabeza,
entre dos largas manos decía,

yo

el pueblo entero se escucha en ti mismo
cuando escuchaba la palabra
yo, Walt Whitman, un cosmos,
¡un hijo de Manhattan...!

Porque tu eras el pueblo, tu eras yo,
y yo era la Democracia, el apellido del pueblo,
y yo era también Walt Whitman, un cosmos,
¡un hijo de Manhattan!

10

Nadie supo que noche desgredada,
un rostro frío, de bajo celentéreo,
se halló en una moneda. Que reseco semblante
se pareció de pronto a un círculo metálico y sonoro.
Que cara seca vió en circulación de mano en mano
que seca boca dijo de pronto
yo.

Y empezó a conjugarse, a cumplirse y a multiplicarse
en todas las monedas.

En moneda de oro, de cobre, de níquel,
en moneda de mano, de venas de vírgenes
de labradores y pastores, de cabreros y albañiles.

Nadie supo quien fue el desceñido primero.

Mas se le vió otra mano comprar la conciencia.

Y del fondo de los ríos, de los barrancos, de la médula
 de los arbustos, del filo de las cordilleras,
 pasando por torrentes de sudor y de sangre,
 surgieron entonces los Bancos, los Truts,
 los monopolios,
 las Corporaciones.... Y, cuando nadie lo supo
 fueron a dar allí la cara de la niña y el corazón
 del aventurero y las cabriolas del cow-boy y los
 anhelos
 del pioneer... y todo aquel inmenso territorio
 empezó a circular por las cajas de los Bancos, los
 libros
 de las Corporaciones, las oficinas de los rascacielos,
 las maquinas de calcular..
 y ya:
 se le vió una mañana adquirir la gran puerta de la
 oportunidad
 y ya mas nadie tuvo acceso a la palabra mío
 y ya mas nadie ha comprendido la palabra yo.

11

Preguntadlo a la noche y al vino y a la aurora...
 Por detrás de las colinas de Vermont, los llanos de
 las costas
 por el ancho Far-West y las montañas Rocallosas,
 por el valle de Kentucky y las selvas de Maine.
 Atravesad las fábricas de muebles y automóviles, los
 muelles,
 las minas, las casas de apartamentos, los
 ascensores
 celestiales,
 los lupanares, los instrumentos de los artistas;
 buscad un piano oscuro, revolved las cuerdas,
 los martillos, el teclado, rompedle el arpa silenciosa
 y tiradla sobre los últimos raíles de la madrugada...
 Inútilmente.
 No encontrareis el limpio acento de la palabra
 yo.
 Quebrad un teléfono y un disco de baquelita,
 arrancadle los alambres a un altoparlante nocturno,
 sacad al sol el alma de un violín Stradivarius...
 Inútilmente.
 No encontrareis el limpio acento de la palabra
 yo
 (¡Oh, Walt Whitman de barba desgarrada!)
 ¡Que de rostros caídos, que de lenguas atadas,
 que de vencidos hígados y arterias derrotadas...!
 No encontrareis
 mas nunca
 el acento sin mancha
 de la palabra
 yo.

12

Ahora,
 escuchadme bien:
 si alguien quiere encontrar de nuevo
 la antigua palabra
 yo
 vaya a la calle del oro, vaya a Wall Street.
 No preguntéis por MR. Babbitt. El os lo dirá.
 - Yo , babbitt, un cosmos,
 un hijo de Manhattan.

El os lo dirá
 - Traedme las Antillas.
 sobre varios calibres presurosos,, sobre cintas
 de ametralladoras, sobre los caterpillares de los
 tanques
 traedme las Antillas.
 Y en medio de un aroma silenciosa
 allá viene la isla de Santo Domingo
 - Traedme la América Central.
 Y en medio de un aroma pavorosa
 allá viene callada Nicaragua
 - Traedme la América del Sur
 Y en medio de un aroma pesarosa
 allá viene cojeando Venezuela.
 Y en medio de un celeste bogotazo
 allá viene cayendo Colombia.
 Allá viene cayendo Ecuador.
 Allá viene cayendo Brasil.
 Allá viene cayendo Puerto Rico.
 En medio de un volumen salino
 allá viene cayendo Chile...
 Vienen todos. Allá vienen cayendo.
 Cuba trae su dolo envuelto en un estremecimiento
 de comparsas.
 México trae su rencor envuelto en una sola mirada
 fronteriza
 Y Haití, Uruguay y Paraguay, vienen cayendo.
 Y Guatemala, El Salvador y Panamá, vienen cayendo.
 Vienen todos. Vienen cayendo
 No preguntéis por Mr. Babbit, os lo he dicho.
 - Traedme todos esos pueblos en azúcar, en nitrato,
 en estaño, en petróleo, en bananas,
 en almíbar.
 traedme todos esos pueblos.
 No preguntéis por Mr. Babbitt, os lo he dicho.
 Vienen todos, vienen cayendo.

13

Si queréis encontrar el duro acento moderno
 de la palabra
 yo
 id a Santo Domingo.
 Pasad por Nicaragua. Preguntad en Honduras.
 Escuchad al Perú, a Bolivia, a la Argentina.
 Dondequiera hallareis un capita sonoro
 un yo.
 Un jefe luminoso
 un yo, un cosmos,
 Un hombre providencial
 un yo, un cosmos, un hijo de su
 patria.
 Y en medio de la noche fragorosa de la América
 escuchareis, detrás de maduresces y fragancia
 mezclada con sordos quejidos, con blasfemia y
 gritos,
 con sollozos y puños, con largas lagrimas y largas
 aristas y maldiciones largas
 un yo, Walt Whitman, un cosmos,
 un hijo de Manhattan.
 Una canción antigua convertida en razón de fuerza
 entre los engranajes de las factorías, en las calles
 de la ciudad. Un yo, un cosmos en las
 guardarrayas,
 Y en los vagones y en los molinos de los centrales.

Una canción antigua convertida en razón de sangre y
de miseria
un yo, un Walt Whitman, un cosmos,
un hijo de Manhattan ...!

14

Porque
¿qué ha sido la ventura de los pueblos
sino un cambio continuo, un movimiento
eterno,
un fuego infinito que se enciende y que se
apaga?
¿Qué ha sido
sino un chorro incontenido,
espejo ayer de otros y palmares,
hoy nube blanca?
¿Y que
sino una brega infatigable
en que hoy manda un puñado de golosos
y mañana los puños deliciosos,
fragantes y frenéticos del pueblo
innumerable?
Por eso tu, innumero, Walt Whitman,
que en mitad de la noche dijiste
yo
y el herrero sonoro se descubrió en la llama
y el forjador y el fogonero
y el cuidador del faro, celeste de miradas
y el fundidor y el leñero
y la niña celeste colando la alborada
y el pionero y el bombero
y el cochero y el aventurero y el arriero...
Tu,
que en medio de la noche dijiste
Yo, Walt Whitman, un cosmos,
un hijo de Manhattan
y un pueblo entero se descubrió en tu lengua
y se lanzó de lleno a construir su casa
hoy,
que ha perdido su casa,
hoy,
que tiene un puñado de golosos sonrientes y
engreídos,
hoy
que ha cambiado el fuego infinito que se
enciende y que se apaga
hoy...
hoy no te reconoce
desgarrado Walt Whitman,
porque tu signo está guardado en las cajas de los
Bancos,
porque tu voz está en las islas guardadas por
arrecifes
de bayonetas y puñales,
porque tu voz inunda los decretos y los centros de
Beneficencia
y los juegos de lotería,
porque hoy
cuando un magnate sonrosado,
en medio de la noche cósmica,
desenfrenadamente dice
yo
detrás de su garganta se escucha el ruido de la
muchedumbre

ensangrentada explota refugiada
 que torvamente dice
 tu
 y escupe sangre entre los engranajes,
 en las fronteras y las guardarrayas...
 ¡Oh, Walt Whitman de barba interminable!

15

Y ahora
 ya no es la palabra
 yo
 la palabra cumplida
 la palabra de toque para empezar el mundo.
 Y ahora
 ahora es la palabra
 nosotros.
 Y ahora,
 ahora es llegada la hora del Contracanto.
 Nosotros los ferroviarios,
 nosotros los estudiantes,
 nosotros los mineros,
 nosotros los campesinos
 nosotros los pobres de la tierra,
 los pobladores del mundo
 los héroes del trabajo cotidiano
 con nuestro amor y con nuestro puños,
 enamorados de la esperanza.
 Nosotros los blancos,
 los negros y amarillos,
 los indios, los cobrizos
 los moros y morenos
 los rojos y aceitunados
 los rubios y los platinos
 unificados por el trabajo
 por la miseria, por el silencio,
 por el grito de un hombre solitario
 que en medio de la noche,
 con un perfecto látigo,
 con un salario oscuro,
 con un puñal de oro y un semblante de hierro,
 desenfrenadamente grita
 yo
 y siente el eco cristalino
 de una ducha de sangre
 que decididamente se alimenta en
 nosotros
 y en medio de los muelles alejándose
 nosotros
 y al pie del horizonte de las fabricas
 nosotros
 y en la flor y en los cuadros y en los túneles
 nosotros
 y en la alta estructura camino de las orbitas
 nosotros
 camino de los mármoles
 nosotros
 camino de las cárceles
 nosotros...

16

Y un día,
 en medio del asombro mas grande de la historia,
 pasando a través de muros y murallas
 la risa y la victoria.

encendiendo candiles de júbilo en los ojos
 y en los túneles y en los escombros,
 ¡Oh Walt Whitman de barba nuestra y definitiva!
 Nosotros para nosotros, sobre nosotros
 y delante de nosotros...
 Recogeremos puños y semilleros de todos los pueblos
 y en carrera de hombros y brazos reunidos
 los plantaremos repentinamente
 en las calles de Chile, de Ecuador, y Colombia,
 de Perú y Paraguay
 de El Salvador y Brasil,
 en los suburbios de Buenos Aires y de La Habana
 y allá en Macorís del Mar, pueblo pequeño y mío
 hondo rincón de aguas perdidas en el Caribe,
 donde la sangre tiene
 ciertos rumor de hélices quebrándose en el río...
 ¡Oh Walt Whitman de estampa proletaria!
 Por las calles de Honduras y Uruguay.
 Por los campos de Haití y los rumbos de Venezuela.
 En plena Guatemala con su joven espiga.
 En Costa Rica y en Panamá
 En Bolivia, en Jamaica y dondequiera,
 dondequiera que un hombre de trabajo
 se trague la sonrisa,
 se muerda la mirada.
 escupa la garganta silenciosa
 en la faz del fusil y del jornal
 ¡OH, Walt Whitman!
 Blanqueciendo el corazón de nuestros días delante de
 nosotros,
 nosotros y nosotros y nosotros.

17

¿Por qué queráis escuchar a un poeta?
 Estoy hablando con uno y con otros.
 Con aquellos que vinieron a apartarlo de su pueblo,
 a separarlo de su sangre y de su tierra,
 a inundarle su camino.
 Aquellos que lo inscribieron en el ejército.
 Los que violaron su barba luminosa y le pusieron un
 fusil
 sobre sus hombros cargados de doncellas y pioneros.
 Los que no quieren a Walt Whitman el demócrata,
 sino a un tal Whitman atómico y salvaje.
 Los que quieren ponerle zapatones
 para aplastar la cabeza de los pueblos.
 Moler en sangre las sienas de las niñas.
 Desintegrar en átomos las fibras del abuelo.
 Los que toman la lengua de Walt Whitman
 por signo de metralla,
 por bandera de fuego.
 ¡No, Walt Whitman, aquí están los poetas de hoy
 levantados para justificarte!
 " - ¡Poetas venidos, levantaos, porque vosotros debéis
 justificarme!"
 Aquí estamos, Walt Whitman, para justificarte.
 Aquí estamos
 por ti
 pidiendo paz.
 La paz que requieras
 para empujar el mundo con tu canto.
 Aquí estamos
 salvando tus colinas de Vermouth.
 tus selvas de Maine, el zumo y la fragancia de tu

tierra,
tus guapos con espuelas, tus mazas con sonrisas,
tus rudos mozalbetes camino del riachuelo.
Salvándolos, Walt Whitman, de los traficantes
que toman tu lenguaje por lenguaje de guerra.
¡No, Walt Whitman, aquí están los poetas de hoy,
los obreros de hoy, los pioneros de hoy, los
campesinos
de hoy,
firmes y levantados para justificarte!
¡Oh, Walt Whitman de barba levantada!
Aquí estamos sin barba,
sin brazos, sin oídos,
sin fuerzas en los labios,
mirando de reojo,
rojo y perseguidos,
lentos de pupilas
que a través de las islas se dilatan,
lentos de coraje, de nudos de soberbia
que a través de los pueblos se desatan,
con tu signo y tu idioma de Walt Whitman
aquí estamos
en pie
para justificarte,
¡continuo compañero de Manhattan!

[Índice](#)  [Arriba](#)